

sobrecubierta aparece una foto del autor: un joven barbudo de aspecto afa-ble y bonachón, graduado en Historia por la Universidad de Oxford, viajero infatigable, reportero, productor de la BBC y miembro de la Royal Ornithological Society. Tras la edición de esta primera entrega, han salido al mercado otros tres títulos bajo el nombre común de *Trilogía Templaria*. Tras Nicolás Wilcox, un nombre supuesto, se esconde el escritor Juan Eslava Galán quien, por cierto, aparece en el libro como traductor: «Soy muy variado como lector, y entre mis lecturas favoritas siempre han figurado algunos “best-sellers”. Cuando se me ocurrió escribir uno, temí que mis lectores se sintieran decepcionados porque mi estilo literario es muy diferente. De modo que se me ocurrió inventar un alter-ego». En este caso, asistimos a un juego en el que el autor pierde su condición de tal, para convertirse en un personaje más de la trama novelesca. Así, es necesario dotarle de la debida entidad, una biografía y un estilo definido para hacerlo verosímil. «El proceso de construcción –continúa Eslava– fue también muy literario, ya que se trataba de inventarle una vida atractiva. Wilcox es casi un aventurero, un periodista viajero y viudo que vive solo en un molino rehabilitado en el sur de Gales. Para la foto que figura en la solapa elegí a un amigo que tiene cara de inglés, y que alguna vez ha sido reconocido por algún lector a quien ha tenido que ofrecer todo tipo de explicaciones y excusas».

La mayor parte de las veces, el juego acaba ahí, en la experiencia meramente literaria. Pero hay ocasiones en que el mundo de los escritores imaginarios se infiltra en el mundo real provocando un verdadero cataclismo.

Claudio Bastida

El día 30 de octubre de 1979 se fallaba en Madrid la primera edición del Premio Heliodoro de novela, con un resultado polémico. Ganó la novela *Constitución sobre la tierra* de Claudio Bastida. Los organizadores, entre los que se encontraba Antonio Fernández, propietario de la editorial Heliodoro, únicamente pudieron aportar un breve *curriculum* del autor, y a los periodistas se les negó su número de teléfono. En medio de una bronca monumental, representantes de la Asociación Colegial de Escritores amenazaron con impugnar el fallo de un certamen repleto de irregularidades: nunca se hizo público quiénes formaban parte del jurado, en ningún momento se depositó el dinero del premio, no se difundió el nombre del anónimo mecenas que aportaba los diez millones –el Planeta de ese año estaba dotado con ocho– y, lo que es más llamativo, en las semanas y meses posteriores nadie consiguió ver al premiado.

A pesar de la polémica, *Constitución sobre la tierra* se publicó en enero de 1980 y en la cubierta del libro aparecía una foto que supuestamente correspondía al autor de la novela. Desde el primer momento se sospechó que Claudio Bastida no era sino una invención, un nombre bajo el que se ocultaban un par de escritores que lo utilizaban como heterónimo colectivo. La firma Claudio Bastida había aparecido ocasionalmente en las revistas *Ínsula*, *Papeles de Son Armadans*, *Camp de l'arpa*, *Arbor*... Y en 1978 un libro suyo, *Descripción de Grecia*, había resultado finalista del Premio Adonais de poesía. En 1996 apareció un libro de Luis Jiménez Martos, *Mis memorias de Adonais*, en el que confesaba sus dudas respecto a la existencia del escritor, y deslizaba dos nombres, Manuel García Viñó, que mostró sumo interés en que el libro de Bastida se publicara, y el escritor zaragozano Antonio Fernández Molina, a quien se le ordenó hacer llegar las pruebas de imprenta.

Ya años antes, se había otorgado el Adonais a Juana García Noreña, una desconocida poetisa tras la que, según algunos, se escondía José García Nieto, cuyas iniciales, como se ve, coinciden. En todo caso, y volviendo a Bastida, cuando años más tarde se publicó la *Cuarta Antología de Adonais*, figuraba otra foto suya en la que se aprecia un cierto parecido con la publicada en su día en *Constitución sobre la tierra*. A quien pueda corresponder realmente la foto o si García Viñó y Fernández Molina estuvieron realmente detrás de Bastida es algo que no se ha llegado a saber.

En medio de todo el revuelo que ocasionó la concesión del Premio Heliodoro, únicamente se alzó una voz defendiendo la existencia de Claudio Bastida. Desde las páginas del diario *Pueblo*, Sabino Ordás, un escritor y profesor leonés, afirmaba haberlo conocido en París, en un encuentro fortuito junto a Antonio Fernández Molina, y gozar de su amistad: «Que Claudio Bastida no es un apócrifo está muy claro», afirmaba en el artículo, publicado el 3 de noviembre de 1979. «Claudio Bastida es tan apócrifo como yo».

Sabino Ordás

A finales de los setenta apareció en el suplemento cultural de *Pueblo* una serie de artículos firmados por un entonces desconocido Sabino Ordás: un ensayista y estudioso exiliado tras la guerra primero en México y más tarde en Estados Unidos, donde se dedicó a la docencia en diversas universidades. Amigo, entre otros, de Alejo Carpentier, Ricardo Gullón, José Berga-

mín y Max Aub, tras jubilarse como profesor había regresado a su pueblo natal, Ardón, en León, donde comenzó una intensa labor. Los artículos de Ordás fueron recopilados posteriormente en un libro: *Las cenizas del Fénix*, reeditado hace unos meses por la editorial Calambur, en el que figuraban como editores tres jóvenes escritores leoneses de la generación de la postguerra, hoy sobradamente conocidos, Juan Pedro Aparicio, José María Merino y Luis Mateo Díez. Este último habla del nacimiento de Sabino Ordás. «Al comienzo nadie sabía que Ordás era una invención. El albacea secreto fue Dámaso Santos, que entonces dirigía el cultural del diario *Pueblo*. Después también anduvieron en la verdad de la historia Ricardo Gullón y Manuel Andújar. Luego ocurrió que en León empezó a ir gente a Ardón, el pueblo donde supuestamente vivía, a visitarlo, y el asunto se nos fue yendo un poco de las manos. En todo caso, la creación de un heterónimo es casi el límite al que puede enfrentarse un escritor: idear un personaje de ficción, que puede colocarse en la vida real».

Luis Mateo recuerda un momento crítico, en los años ochenta, cuando Sabino Ordás confirmó su asistencia a un acto en la Casa de León, en Madrid, en el que también intervenían Merino y Aparicio. Como Ordás no llegaba, el acto debió comenzar sin él aunque, de tiempo en tiempo, llamaba por teléfono disculpando su retraso, que atribuía al mal tiempo y a los problemas en la carretera. Finalmente, envió un telegrama en el que explicaba su definitiva ausencia: «La nieve no me deja moverme», concluía. «Más tarde —continúa Mateo— hubo una reunión en León de escritores y artistas organizada por un periódico, a la que, naturalmente, estaba invitado Sabino Ordás, y esa vez acudió. Un cuñado de Merino, que es médico, y que se llama Andrés Viñuela, se prestó a ser la imagen carnal de Sabino. Habló poco pero estuvo encantador. Y el comentario los días siguientes fue “qué bien se conserva, qué lúcido está Sabino”».

Cuando la profesora Asunción Castro Díez ultimaba la edición de su libro *Sabino Ordás, una poética*, editado en noviembre de 2001 por la Diputación de León dentro de la colección Breviarios de la Calle del Pez, solicitó al viejo profesor un epílogo. En el mismo, Ordás se lamentaba, aun justificándolos, del mínimo tiempo que aquellos tres jóvenes escritores de los setenta, hoy ya consagrados, le dispensan en la actualidad, acuciados por otros trabajos e intereses. Y tras elogiar el libro y a la autora, terminaba con una inquietante propuesta. Se preguntaba si alguien, en realidad, podía estar completamente seguro de que el heterónimo fuera él, y no Mateo, Aparicio y Merino, meras invenciones de su magín creativo porque, afirmaba, metidos en la harina de la fabulación, la mayoría de los mundos son posibles.



María Félix